

EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

Madrid, 9 de septiembre de 1934

Número 36

Un muchacho recto

(Continuación.)

¿Cómo había cambiado la situación para Lorenzo desde la mañana! Y eso que tenía cinco duros en el bolsillo, toda la suma que el amo le había exigido, y que era, como él comprendía muy bien ahora, un buen negocio; y el carro iba vacío, y él podía sentarse a su gusto envuelto en la manta, y no hacía la mitad del frío, porque el sol brillaba en los campos de nieve y se reflejaba en miles de estrellitas de plata. Pero el dinero en su bolsillo le oprimía la conciencia, a pesar de su peso ligero, y únicamente el pensamiento que no había aceptado la propina le aliviaba un poco.

De todo lo que Lorenzo había experimentado hoy, de las propias penas, del insulto, la escena de pobreza y enfermedad en aquel ático, ninguna cosa le había dolido ni había dejado una impresión tan profunda como el hecho de que su bienhechor había querido hacer un negocio por medio de una trampa. Sí, el amo había engañado, y aunque rechazaba siempre de nuevo este pensamiento de su corazón, aunque se repetía miles de veces todas las obras caritativas del aldeano, siempre volvía este pensamiento. La mujer enferma en la cama, abrigada únicamente con el abrigo de su esposo, se impuso a todo lo demás, y la paciencia callada del hombre ahogaba todas



Niño leñador

las alabanzas de aquellos que habían recibido limosnas a la puerta del aldeano. Lorenzo no meditaba mucho sobre todo esto; no estaba acostumbrado a pensar y no sabía distinguir entre justicia e injusticia más que por las enseñanzas del evangelio. Estos pensamientos le surgían casi contra su voluntad; con mucho gusto hubiera él defendido al amo, al que había considerado siempre como modelo de justicia y caridad.

Cuanto más se acercaba al pueblo, más

molesto se sentía. ¿Qué tenía que hacer? ¿Callarse por completo todo lo que había experimentado? Esto le parecía casi imposible. ¿Contarlo todo? ¿De dónde sacaría el valor para hacerlo? ¿Decirlo a otro? No, jamás de los jamases; ni siquiera a su madre, ¡y menos a extraños!

Por fin llegó al cortijo. Estando éste abandonado de gente, podía entrar el carro en el cobertizo y desenganchar los caballos para llevarlos a la cuadra. Tenía ganas que tardara con esta tarea mucho más tiempo, porque después tenía que buscar al amo para entregarle el dinero. Saliendo de la cuadra vió al padrino a través de los cristales de la habitación. ¡Qué limpios y transparentes estaban estos cristales, no cubiertos con hielo, señal de que reinaba dentro una temperatura agradable. El aldeano abrió la ventana, como si fuera verano, y llamó al chico: “¡Date prisa a entrar! Mi mujer ya te ha visto, y supone que tendrás hambre; ¡corre, que si no se enfría la sopa!”

Lorenzo se pasó los dedos por su cabello, como solía hacer cuando estaba apurado, y entró lentamente en la habitación. No había nadie en el cuarto, además del amo y su mujer; ésta estaba sentada, haciendo astillas pequeñas para encender la lumbre; el amo estaba fumando su pipa muy a gusto, y dió la bienvenida al muchacho, exclamando:

“¡Ahora cuéntanos cómo te ha salido tu primer negocio! ¡Vamos a oír y ver si vales algo!

Lorenzo sacó los cinco duros de su bolsillo sin hablar y los puso delante del amo.

“Mira, mira—exclamó éste—; no lo hubiera creído; pensaba que aquella gente de la ciudad te lo iba a regatear. ¿Y dónde tienes la propina?” Como el chico tardara en contestar, dijo el amo de nuevo: ¿Qué? ¿Te la han negado? ¡Qué miserables son! Pero no por eso vas a salir perdiendo tú.” Dicho esto sacó de su chaleco seis reales, porque quería animarle, por ser

la primera vez que había ido a tal negocio. Pero Lorenzo movió la cabeza negativamente, y su padrino exclamó, sorprendido:

“¿Qué te pasa? ¿Por qué no lo tomas? Voy a ofrecértelo mucho más tiempo ¿O has cogido frío en la cabeza por moverla de esta manera?”

Entonces Lorenzo tuvo el valor de contestar:

“¡Quedaos con el dinero! Me ha querido dar una propina el hombre en la ciudad; pero no la he aceptado.”

“¿Qué? ¿Tanto orgullo tienes?—dijo el amo con asombro—. Pero aquí hay gato encerrado; lo veo. ¡Expílicate en seguida!

Aún se calló el muchacho y pasó la mano por su pelo. La mujer prestó atención ahora y levantó los ojos hacia el chico. Como éste no contestara, el amo se le acercó y miró con una mirada escudriñadora en su cara consternada. Por fin balbuceó Lorenzo:

“Me han llamado granuja porque había leña gorda por fuera y por dentro solamente palos menudos.”

“¿Eh? ¿Es verdad eso?—dijo el amo con sorna—. Sí, sí; así hacen los de la ciudad siempre; por cinco duros piden una carga de troncos gordos; hasta los quieren casi regalados; pero por sus cosas malas nos piden unos precios enormes. ¿Y por esto no has aceptado la propina, pensando que el padrino te daría una propina mejor?”

Lorenzo estaba sin tomar la propina. El amo continuó: “Y con seguridad que era uno de estos hambrones que lo compró; porque éstos encuentran faltas en todas las cosas.”

Con estas palabras todo el acontecimiento de la tarde le vino de nuevo a la memoria; sus ojos se nublaron con las lágrimas de compasión, y balbuceó algo que no se podía entender, de la mujer enferma. Entonces el amo le mandó contarle todo, desde el principio hasta el fin, sin omitir ni

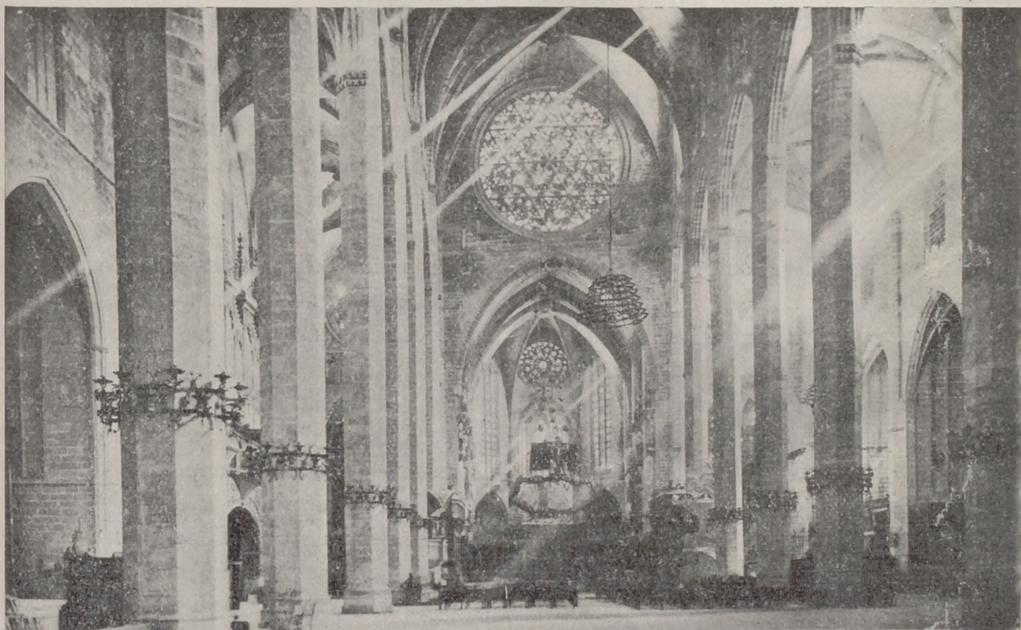
una palabra. Lorenzo lo refirió, y cuando estaba en medio de su relato, y el amo no dijo nada, pero la aldeana se le acercaba; la compasión le soltó la lengua y el miedo, y no se callaba nada.

El chico había terminado, y un profundo silencio reinaba en la habitación grande: el tic-tac del reloj era el único ruido que se

oía; y un reloj también habla su idioma; puede contar mucho del tiempo y recordar la última hora. Si el amo oía el reloj y si entendía su lengua, no se sabe; pero su mujer había doblado las manos y parecía triste. De pronto el amo interrumpió el silencio y gritó:

(Continuará.)

Un viaje a Mallorca



La Catedral

Mis queridos sobrinitos: Supongo que ya estaréis preparados para empezar vuestra visita a los grandes monumentos que encierra esta hermosa ciudad.

Nos hallamos en la Plaza de Cort, donde podemos contemplar las Casas Consistoriales y, pegando a ellas, el hermoso edificio de la Diputación Provincial. Seguimos bajo los soportales de la calle del Palacio, pues el calor aprieta, y cuando nuestra vista descubre el mar, aparece a nuestra izquierda la inmensa mole de la Catedral de Palma, que puede verse desde cualquier par-

te de la ciudad, y que ya nos llamó la atención cuando el barco dobló el faro de Porto-Pi.

La Catedral de Palma es una de las cuatro más bellas del mundo, y su edificación empezó allá por el siglo XIII, suponiéndose que fué edificada por mandamiento de don Jaime I, *el Conquistador*, y que ocupa el mismo sitio en que antes estaba emplazada la Mezquita.

Al subir al trono D. Jaime II fué cuando las obras tomaron mayor impulso, aun-

que se ignora por quién fué concebido el proyecto general del edificio.

Vamos a entrar ahora en la Catedral, con todo el respeto que requiere el lugar donde otras personas adoran a Dios, de una manera distinta a la nuestra, pero que ellos creen es la mejor.

Entramos por la puerta de la Almoina, cerca del campanario, donde se hallan situadas diez campanas, la mayor de las cuales, llamada N'Aloy, pesa 5.760 kgs., y fué fundida en 1536.

Tres grandes y altísimas naves, con catorce pilares, donde se apoyan las bóvedas, aparecen a nuestra vista, dejándonos mudos de asombro al contemplar tan magnífico edificio.

¡Oh, mis queridos sobrinitos! ¿No es verdad que parecemos mosquitos ahí dentro? Los pilares o columnas miden unos treinta metros de altura, elevándose la nave central hasta los cuarenta y cuatro, con veinte de ancho, y las laterales, treinta de ancho por diez.

La longitud total del interior es de ciento veintiún metros, o sea setenta y siete sus naves, veinticinco el presbiterio y nueve otra capilla llamada de la Trinidad. El cuadro en su totalidad es de cincuenta y cinco metros, ocupando el edificio sin las dependencias anexas una superficie de 6.600 metros.

Una de las cosas que más gustan al estar dentro de la Catedral es la de poder contemplar los rayos del sol, filtrándose a través de los grandes rosetones cubiertos de cristales de colores. Estos dan un aspecto fantástico al interior de la Catedral; tanto es así, que tengo que tirar de la manga a alguno de los sobrinitos que me acompañan, pues se queda extasiado mirándolos.

Ahora vamos a visitar el tesoro y museo de reliquias. Pasamos por una sala que tiene en medio un sepulcro. Es el de D. Gil

Sancho Muñoz, quien con el nombre de Clemente VIII fué elegido Papa a la muerte de Pedro de Luna, en Peñíscola. Habiendo renunciado al Papado, Martín V, elegido en Roma, le premió su renunciamiento nombrándole Obispo de Mallorca, en donde murió.

Después de contemplar las grandes riquezas en oro, plata y piedras preciosas que encierran las vitrinas de las Salas Capitulares, nuestra vista se fija con tristeza en las reliquias.

Mis queridos sobrinitos, aguantaos la risa, pues esto es más serio de lo que parece. Debéis procurar con todas vuestras fuerzas no adorar ni rendir culto a ninguna cosa, aunque os digan que perteneció a nuestro Salvador o a algún Santo, pues al primero es imposible, y a lo segundo, improbable.

Como nota curiosa, os enseñarán (si les parece bien, o se les paga mejor) dos candlabros de plata repujada y cincelada de estilo barroco, que costaron más de 57.000 pesetas; un relicario con la santa Faz; un pequeño trozo de la columna en que ataron a nuestro Salvador; un pedazo de la túnica de Jesús, y otro de la de la Virgen María; un dedo de San Pedro; un pedazo de la Cruz de Cristo, de la cual se ve un trocito pequeño cortado, que nos dicen fué repartido a todas las Iglesias de la ciudad; espinas de la corona de Jesús; una flecha con la cual fué martirizado San Sebastián, etcétera, etc.

¿Qué os parece, sobrinitos? ¡Cuánta falta les hace a estos señores aprenderse de memoria el segundo mandamiento de la Ley de Dios!

Pero ya se va haciendo tarde, y debemos ir a comer para después darnos un paseo y visitar la Lonja.

Hasta entonces, os saluda vuestro
TÍO DE MALLORCA

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera Caballero de Gracia, 60 - Madrid.